

Sobre «el simbolismo religioso en la teología de P. Tillich»

Un cierto exceso de racionalización, del que en la mayoría de los casos no se libra nuestra teología, ha provocado modernamente la necesidad de una visión y lenguaje simbólicos de la realidad; en este caso, de la realidad teológica. P. Tillich, entre los teólogos modernos, fue de los primeros en desarrollar una epistemología del símbolo religioso¹. El desarrollo de las líneas básicas de esta epistemología puede verse en los artículos aparecidos en ESTUDIOS ECLESIASTICOS n.189, 49 (1974) 171-201 y n.190, 49 (1974) 266-280. Aquellas páginas estaban inspiradas, e incluso transcritas, del libro de B. Mondin, *P. Tillich e la Transmitizzazione del Cristianesimo*, Ed. Borla, Torino 1967. Es de justicia hacerlo notar aquí para noticia de los lectores de aquéllas y de estas líneas². Aprovecho la ocasión para advertir al lector de la particular competencia de B. Mondin sobre esta materia, dado su trabajo personal con P. Tillich durante tres años. Pues bien, a pesar de su epistemología simbólica, la teología de P. Tillich produce, en su conjunto, la sensación de no alcanzar lo que pretende: la superación del literalismo y del misticismo, ambos resueltamente rechazados, como lenguajes, críticamente solventes, sobre la realidad religiosa³.

En esta breve nota quisiera únicamente apuntar la razón por la cual la epistemología simbólica de P. Tillich no alcanza el objetivo que pretende.

1. «La afirmación 'todo lo que puede ser predicado sobre Dios es simbólico' es una afirmación no simbólica»⁴: he ahí un

¹ Cf. *Das religiöse Symbol: Gesammelte Werke V* p.196ss.

² Compárese dicho artículo, p.171-201, con las páginas de *Paul Tillich e la Transmitizzazione del Cristianesimo*, p.146-169 y 195-202.

³ Para una breve exposición de estos dos lenguajes insuficientes y rechazados, cf. B. MONDIN, *P. Tillich e la Transmitizzazione del Cristianesimo*, p.164ss.

⁴ Cf. *Systematic Theology*, II p.9.

criterio no simbólico para enmarcar los límites de toda predicación simbólica, un criterio lógico que engloba y determina al símbolo en su capacidad expresiva. «Dios es el ser mismo es una afirmación no simbólica»⁵: he ahí la razón ontológica por la que se limita la capacidad cognoscitiva del símbolo. En fin, «teología es el logos de la revelación, una palabra racional sobre lo que se manifiesta en la revelación. La palabra racional, el logos es trabajo racional»⁶: he ahí la consecuencia práctica que, para el lenguaje teológico, deriva de las anteriores afirmaciones. Brevemente: el símbolo está limitado por el logos, o, dicho de otra manera, la validez epistemológica del símbolo se mide desde el logos. De esta manera no se llega en la práctica a hablar simbólicamente, sino a hablar lógicamente del símbolo. Con ello se descubren las estructuras lógicas del símbolo, aquellas condiciones que se han de dar para que sea lógicamente válido, pero no se alcanza —puesto que así no se puede— la misma realidad simbólica. Es decir, se alcanza la estructura ontológica del símbolo, pero se pierde de vista la estructura simbólica del logos.

2. La razón de este hecho es muy sencilla. Así como ha habido y hay una teología que se ha articulado y expresado en un lenguaje con clave ontológica y desde una actitud lógica (a veces incluso preocupación), también hay una teología que se articula y expresa con clave simbólica pero desde una actitud mística; teología, sin embargo, demasiado rara en la «sociedad teológica» actual. Hablar, en teología, de lenguaje simbólico con una preocupación lógica equivale, en la práctica, a reducir el símbolo a logos. Al lenguaje simbólico sobre Dios, si quiere ser efectivamente verdadero, le corresponde una actitud mística.

La palabra «mística» está modernamente llena de resonancias rechazables, por lo que parece. A oídos modernos, dicha palabra sugiere connotaciones incómodas: irracionalidad, arbitrariedad, subjetivismo, fenómenos especiales, etc. Parece no incluir dentro de sí el momento lógico de todo lenguaje sobre Dios. Por otro lado, esta palabra, bien entendida, tiene la ventaja de acercarnos a un discurso, a un lenguaje efectivo sobre Dios; es decir, a aquel nivel de lenguaje que supera a todo otro lenguaje e incluso a sí mismo. Si tenemos en cuenta estas dos observaciones —una negativa y

⁵ Cf. *Systematic Theology*, I p.238ss.

⁶ Cf. *Das neue Sein als Zentralbegriff einer christlichen Theologie*, GW. VIII p.221.

otra positiva— tal vez sea posible establecer de forma aceptable no ya tan sólo las estructuras lógicas del símbolo, sino la estructura simbólica del logos (sobre Dios). Resumiendo: la realidad a la que apunta Tillich cuando habla de un punto no simbólico como marco y fundamento de lo simbólico sólo puede ser alcanzada efectivamente desde una actitud mística⁷. Es en esta actitud mística en donde se encuentran aquellos elementos que encaminan y dan sentido, desde la experiencia subjetiva, a este punto no simbólico; sin necesidad, entonces, de controlar desde fuera su lógica interna.

3. Para poder validar tal afirmación sería preciso desarrollar toda una «fenomeno-logía» de la experiencia mística. No es posible hacerlo aquí. Me ciño por tanto a señalar algunas ventajas que tal camino ofrecería: a) El lenguaje conceptual alcanza las estructuras lógicas de la existencia religiosa; el lenguaje mítico habla de cierta participación figurativa en ella. Por su parte, el lenguaje místico no es más que la manifestación del existir mismo en Dios. No es lo mismo, p. ej., el reconocimiento de la muerte en su concepto o en su actualización figurativa que en su experiencia efectiva. b) Se suele reconocer en la antinomia entre concepto y mito la presencia de otras antinomias: racional-irracional, p. ej. En el lenguaje simbólico —expresivo de la actitud mística— se asumen tales antinomias desde el momento en el que, a través del símbolo vivo, se descubre que la raíz de la existencia es a la vez racional e irracional. c) El lenguaje simbólico al que me refiero no es simplemente espontáneo: ha recorrido una historia racional, afectiva, etc. Pero llega a un punto en el que se despliega a partir de aquella experiencia fundamental que, si bien por una parte vive de cierta nostalgia de unidad, por otra parte reconoce también la ruptura que en dicha unidad ha introducido el concepto. Si por su parte hay ciertos niveles preconceptuales de la experiencia humana que parecen hablarnos de una indefinida e imprecisa pero real nostalgia y aspiración por la unidad, estos niveles quedan desvelados como demasiado «inmediatos» a través de la representación conceptual. Ni el mundo de una presencia preconceptual solamente, ni el mundo de la representación conceptual solamente alcanzan efectivamente a expresar lo auténticamente real. d) El lenguaje simbólico —en cuanto original y total— reúne dentro de

⁷ «La metafísica no puede fabricar símbolos. Solo puede tematizar la estructural connaturalidad de algunos y, a través de este esfuerzo clarificador llegar quizá a convalidar desde sus propios principios la específica posibilidad religiosa.» Cf. J. GÓMEZ CAFFARENA, *Filosofía de la religión*, p.312.

sí, sin suprimirlas, todas las expresiones. Es más: es desde él desde donde se puede percibir el carácter relativo de toda expresión, inclusive la simbólica; pues se trata de un lenguaje que se identifica con la experiencia de la que procede; aunque, al hacerlo, de hecho lo hace más que nada como aspiración —en la forma de alabanza y reconocimiento⁸—. Se trata, en definitiva, de un lenguaje que, al ritmo en el que va asumiendo las distintas dimensiones de la realidad, encuentra que se van disolviendo sus referencias y van emergiendo otras, cada vez menos fijadas. e) «La crítica del lenguaje teológico que hace Tillich mediante su ontología fundamental vacía de interioridad a dicho lenguaje»⁹. A veces se cree que la actitud mística es ahistórica. Sin embargo, la formación de los símbolos que la expresan es la historia de la superación «desde dentro» de las diversas representaciones en las cuales —a distintos niveles— se significan las relaciones entre el hombre y la naturaleza, la colectividad y la historia. La realidad, en sus distintas dimensiones, es interior al símbolo entendido como resultado de esta historia. Estamos en época de «devaluación de la representación»¹⁰. Devaluación que puede ser interpretada de distintas maneras, incluso como insuperable. Tal vez, el intento de anclar al lenguaje religioso no tanto en exigencias lógicas, al margen de la experiencia mística, sino precisamente en ella, pueda servir para elaborar poco a poco un lenguaje simbólico con su lógica propia.

FERNANDO MANRESA

⁸ Todo lenguaje que procede de la misma experiencia de lo santo tiende a expresarse en forma de «homología», aspira a «homologarse» con la misma experiencia de la que procede. La oración de alabanza, p. ej., es tal vez aquella que transparenta más la misma experiencia que le da origen.

⁹ Cf. P. Tillich y la crítica del lenguaje teológico: EstE, n.190, 49 (1974) 280: «Según Tillich el ser en sí mismo es afirmado al margen de la experiencia histórica que de él podemos tener... Su afirmación no tiene lugar dentro de la pluridimensionalidad de la experiencia humana que de él podemos hacer. Esta separación es la que desvirtúa la afirmación del ser de su carácter cosmológico (pedagogía), de su carácter histórico (opcionalidad) y de su carácter ético (efectuación).» A la inclusión de dichas dimensiones en el interior mismo de la afirmación de la realidad le llamo «interioridad». Este artículo está inspirado, y buena parte de él transcrito, en el libro de B. MONDIN, *Paul Tillich e la Trasmissione del Cristianesimo*, antes citado. Compárense las páginas 266-275 del artículo con las páginas 170-183 del libro.

¹⁰ Cf., para un desarrollo de lo que significa «devaluación de la representación», A. FIERRO, *La imposible ortodoxia*, Ed. Sígueme, Salamanca 1974, p.241ss. Estando de acuerdo con el autor en el diagnóstico y en la explicación no lo estoy en su pronóstico tal como se desarrolla en las páginas 257ss.